

# EL RINCÓN DE VÍKTOR

## EL SIETE DEL SPORT TEAM JEYMA

Viernes, 30 de Mayo de 2008

### LA BARCA DE CARONTE. DECIMONOVENO CAPÍTULO. EL RETRATO.

Fernando no dejaba de contemplar fijamente el retrato de aquél lúgubre y espantoso niño que colgaba de la pared. Era tanto el tiempo que pasaba contemplando tan extraño cuadro, que trasladó su lugar de juego hasta aquél pasillo en el que hacía compañía a aquél niño. Fernando tenía ocho años. Sus padres, Martín y Mercedes, habían comprado el tercero B del bloque de pisos de la calle Juan Ramón Jiménez, en el número cuatro, en Madrid. El piso era ya antiguo y lo adquirieron con los muebles incluidos. Y los cuadros.

A Martín lo le gustaban los cuadros que estaban colgados en el piso desde el primer momento en que lo compró. En particular había tres de ellos que le hacían sentir un pánico interior difícilmente describable. Nunca quiso comunicárselo a su familia, no fueran a pensar que Martín era un miedoso. Había un cuadro de un caballo relinchante cuya mirada parecía estar sacada o inspirada en la del mismísimo Satanás. Cuando contemplaba el cuadro, parecía que el caballo iba a comenzar una conversación con él. Y ya ha tenido sobresaltos. Sobre todo porque enfrente del cuadro, su mujer, Mercedes, había colocado un enorme espejo. Martín se negaba a mirar directamente al espejo. Le parecía que algo podía suceder y no precisamente bueno. Martín pudo convencer a su mujer para quitar ese cuadro y llevarlo al trastero.

Otro de los cuadros que no causaba buenas sensaciones a Martín era un retrato de una señora, quizá de los años veinte. Lo que aterraba a Martín era lo que se podía percibir en el trasfondo del retrato: pues al parecer se podía ver un cielo oscuro, nocturno sobre el que se podían adivinar unas machas, unas gotas rojizas que chorreaban en dirección a la cabeza de la señora. En alguna ocasión, cuando pudo contemplar el cuadro en penumbra, la señora parecía envejecer ante sus ojos y las manchas rojizas cobraban vigor chorreando hasta el marco del propio cuadro. Claro que todo aquello no pasó de ser una mera ensoñación de Martín. Por suerte para él, el cuadro se rompió de manera fortuita cuando Mercedes se disponía a limpiarlo. Fue también llevado al trastero. Martín respiraba mayor tranquilidad en aquél piso.

El otro cuadro que le inspiraba pavor era precisamente el de aquél niño pequeño, de mirada siniestra. Parecía que en el momento de dibujarlo, el niño refunfuñaba y el artista dibujó su cara de enfado. El fondo oscuro del cuadro y la chaqueta roja que llevaba el niño le aportaban al cuadro un halo de misterio más profundo. El niño, a juzgar por su aspecto, no contaría con cinco años de edad. Pero Fernando, el hijo de Martín, quedó encantado con el cuadro desde el primer día.

Fernando hablaba del cuadro a su padre. Le decía que se había hecho amigo de aquel niño, que le parecía muy buen compañero. Martín comenzó a preocuparse y le propuso a su mujer la posibilidad de llevar a Fernando ante los médicos. Fernando se situaba en el pasillo donde estaba el cuadro y comenzaba a jugar con sus cacharros. Pero conversaba efectivamente con el protagonista del mismo. Y lo cierto es que todo parecía muy real. Mercedes no le dio mayor importancia al asunto. Pensó que, a falta de un hermano que le hiciera compañía en sus juegos, Fernando había encontrado a un amigo imaginario inspirándose en el niño que aparecía en el cuadro.

Una noche, Martín se levantó para beber agua. El trayecto entre el dormitorio matrimonial y la cocina discurría a través del pasillo en cuya pared colgaba el cuadro del niño que tan feliz hacía a Fernando. Cuando pasó por su lado (sin querer mirarlo por la sensación tan horrenda que le daba), pudo escuchar un débil y lacónico susurro: “*Maaaaarrrrtúúúnn*”. Se le erizó el cabello y un horrible calambre le recorrió la espalda de abajo arriba. No quiso mirar hacia el cuadro. Prefirió ir primero hacia el baño y echarse un poco de agua en el rostro. El espejo reflejaba un rostro pálido, compungido, tembloroso. No tuvo fuerzas para ir hasta la cocina y echar el trago de agua que el cuerpo le pedía. Esa noche no pudo volver a dormir. Pasó muy deprisa por delante del cuadro y se acostó.

Martín no quiso contar lo que le había sucedido la noche anterior. Fernando comenzó una conversación que ya resultaba incómoda a Martín. “Mi amigo, el niño del pasillo, se llama Lorenzo” –dijo Fernando. Mercedes, intentado dar cuerpo al tema, le preguntó a qué jugaba con ese niño. Fernando fue tajante: “Juego a lo que sea porque es el único amigo que tengo en casa.” Martín intentó convencer a Fernando de que con él también podía jugar, pero fue en vano. “Además, Lorenzo me señala continuamente hacia un sitio muy concreto: el trastero. Yo no sé que querrá. Todavía no me lo ha dicho.” –siguió comentando Fernando. Esta frase alarmó a Mercedes. “¿No te das cuenta de que el niño del cuadro no existe, cómo te va a señalar?” –espetó Mercedes. Fernando se levantó enfadado y corrió hacia su habitación. Martín entonces se atrevió a decirle a Mercedes lo que había vivido la noche anterior. Mercedes pensaba que estaba viviendo con un par de locos.

Los días siguieron transcurriendo y Martín pareció haber olvidado ya aquél episodio nocturno. Fernando seguía conversando atentamente con aquél cuadro. Pero uno de esos días, Fernando cambió sus hábitos de juego. Ahora ya no jugaba delante de aquél cuadro, sino que ya jugaba en su cuarto. Esto agradó a Martín y a Mercedes. Parecía que ya había superado su manía con el cuadro. Pero dentro de su cuarto podía escucharse una conversación, un diálogo. Esto resultaba aún más estremecedor. Porque no solo se oía la voz de Fernando. Su voz estaba acompañada por la de un niño pequeño. Mercedes quiso entrar en el cuarto de Fernando, pero la puerta estaba atrancada con una silla y no la pudo abrir. Mercedes le recordó a Fernando que no debía meter amigos en su cuarto sin su permiso. Fernando le dijo que estaba con Lorenzo, como si éste ya formara parte de la familia. Aquella noche, Martín volvió a levantarse para saciar su sed. Pero ahora cuando pasó por delante del cuadro, lo miró desafiantemente. Pero comprobó algo impresionante: el cuadro ya no tenía personaje. No había niño, solo quedaba la silla y el fondo oscuro. Martín encendió el interruptor y volvió a mirar al cuadro. Efectivamente, allí no había nada. En ese instante pudo escuchar gemidos provenientes del cuarto de Fernando. “Tranquilo Lorenzo, estás con tu amigo Fernando, no llores.” –fue lo que pudo escuchar Martín apoyando su oído en la puerta del cuarto de Fernando. Entonces despertó a Mercedes y ambos decidieron ir al cuarto de Fernando. Cuando Fernando abrió la puerta pudieron contemplar una escena muy tierna. Un muchachito pequeño se había quedado dormido en la cama de Fernando. Las sábanas todavía estaban húmedas por la gran cantidad de lágrimas que este chico había derramado.

Con voz susurrante, Fernando les contó que ese chico era Lorenzo, el niño del cuadro. Efectivamente, en el cuadro no había nadie. No tenía explicación posible. Después, Fernando llevó a sus padres al cuarto trastero. “Aquí es donde me señala continuamente Lorenzo. No sé qué es lo que habrá aquí. Pero debemos descubrirlo. Me señala al techo por esta zona de aquí.” –comentó Fernando a sus padres tras convencerlos de que no llamaran a la policía. El techo del trastero parecía estar hueco a juzgar por el sonido que salió tras los golpes de nudillo que dio Martín. Parecía que había un falso techo. Eran ya altas horas de la madrugada y no querían hacer ruido. Pero tuvieron que hacerlo. Martín rompió el techo con un golpe de martillo. Efectivamente, el agujero que apareció al primer martillazo corroboraba las sospechas de Martín. Tras abrir un buen boquete, Martín se asomó a través de él y vio que efectivamente allí había algo: una caja fuerte, o un baúl, la linterna no era suficiente para poder ver bien qué era aquello.

Amanecía ya cuando pudieron finalmente abrir el baúl que habían encontrado. En su interior pudieron comprobar con gran pavor cómo el esqueleto completo de un niño pequeño estaba envuelto en una tela oscura de nailon. Todos dedujeron que se trataba del cadáver de aquél pequeño que se había quedado durmiendo en el cuarto de Fernando. Inmediatamente contaron lo ocurrido a la Policía (disfrazando la historia un poco: un descuido en el trastero ha hecho que se rompiera el techo por esta zona). Las pesquisas policiales dieron su resultado en dos meses. Los huesos pertenecían al desaparecido Lorenzo Silvestre Méndez, que pertenecía a una familia acomodada y que desapareció en 1917. El cuadro, durante todo este tiempo fue guardado por Fernando en su cuarto. El niño seguía sin aparecer en él. Pero los restos fueron finalmente entregados a la familia Silvestre y se les dieron sepultura en el panteón familiar. Esa tarde, el cuadro volvió a tener protagonista: el mismo niño pero ahora con distinto semblante. Una sonrisa deslumbrante y un fondo color cielo fueron las modificaciones que pudieron contemplar Martín, Fernando y Mercedes aquella misma tarde. El cuadro se volvió a colocar en el lugar donde siempre había estado. Pero ahora, el cuadro transmitía alivio y agradecimiento.